LLORAR ETERNO

Josefa era una humilde y trabajadora mujer que devengaba su vivir como aseadora de un edificio; sus rasgos físicos aun dejaban entrever la belleza y lozanía de sus mejores días, siendo objeto de requiebros y atenciones de pretendientes ocasionales. La fuerte extracción campesina de Josefa sostuvo los embates hasta cuando ya el remolino de la vida la arrastró tras el vendaval y como flor de loto, de sus entrañas nació un chiquillo que trajo risas y alegría al provisional hogar, el que desgraciadamente pronto se disolvió, pues el padre indiferente abandonó la pieza, el catre, la cuna, el reverbero, el crucifijo, al perro, a Josefa y el párvulo.

Empezó entonces el camino del calvario y Josefa hubo de regresar a buscar en la calle vendiendo sus cachivaches, el sustento para Alfonso su hijo; se instaló en un rincón cualquiera, colocó sobre unas tablas unos cacharros, los que paseantes compradores o mejor curiosos manoseaban como algunos que van a la feria miran y no compran nada; no faltaban pillos que hurtaban objetos del *"humilde mostrario"* del improvisado almacén, donde la lluvia, el frio y a veces el sol eran los únicos encantos del lugar.

Un triste episodio vino a sumarse a su ya azaroso destino, Alfonso confundido entre las gentes mientras Josefa atendía un cliente se extravió, Josefa lo buscó afanosamente por los sitios circunvecinos, ya que así desaparecía su único tesoro y para colmo de males al regresar a su puesto ambulante, oportunistas ladronzuelos le habían hurtado sus escasas pertenencias, sus lágrimas y gritos a nadie conmovieron, ni las paredes hicieron eco, vagó sin rumbo noches y días, todo fue en vano.

Pasaron los años Josefa envejeció prematuramente, imploró ayuda, pero la sociedad impávida la contemplo; el perro, el gato, el cristo y demás enseres se esfumaron. Al fin tocando de puerta en puerta en busca de un oficio, una familia pudiente le brindó la ocasión anhelada, contratándola para los quehaceres de la esplendorosa mansión.

Aquella familia la integraban tres personas, el esposo, la esposa y un joven esbelto que por aquel entonces cursaba estudios en la academia militar y en quien Josefa parecía observar los rasgos del ser de su vida y quien además llevaba el mismo nombre, Alfonso.

Transcurrido que hubo el tiempo Josefa supo la suerte corrida por el apuesto capitán descubriendo ser su hijo, guardó discreto silencio; en ocasiones se le observaba como embebida al mirarlo.

Las visitas del ya arrogante coronel a sus padres adoptivos y a la lujosa residencia se repetían a menudo, mientras Alfonso se encariñaba por una atención especial hacia la viejita que tanto velaba por él; este acostumbraba a su vez traerle presentes que ella solicita guardaba a solas en su habitación.

En cierta ocasión Josefa ante la presencia del elegante coronel dejó caer de sus manos una preciosa vajilla lo que enfureció a la dueña de casa y ausente el importante huésped fue despedida sin la menor consideración de sus años y del temblor que había aparecido en sus brazos, lo que sin duda había ocasionado el daño.

A causa de su edad, Josefa no encontró trabajo y se vio obligada a ejercer la mendicidad, no olvidaba a Alfonso, con pasos tambaleantes se le veía ir en su búsqueda por las cercanías de la

Scanned with CamScanner

casa de los padres adoptivos, sus intentos de encuentro no sucedieron ya que el entonces comandante con poder en cielo, mar y tierra con claras muestras de enojo por tal maldad con la noble anciana abandonó la lujosa morada de sus progenitores putativos, dedicándose a buscarla en la indiferente ciudad.

La suerte tiene caminos paralelos que al extremo se unen y en una oportunidad cuando menos se esperaba, Alfonso viajando en su flamante automóvil divisó a lo lejos la escuálida figura de Josefa ordenándole al soldado conductor tomar hacia dicha dirección, detuvo el automotor se apeó la abrazó le obsequió algunos detalles y dinero conviniendo en encontrarse allí mismo al día siguiente a la misma hora para llevársela consigo, mientras ella feliz como el carbonero, cruzaba la avenida siendo arrollada por un vehículo ante su mirada la que se vio enturbiada al tomarla entre sus brazos agonizante y escuchar muy quedo: *"Adiós hijo mío, te veré en el cielo"*. Un grito estremeció el espacio, unos papeles viéronse esparcidos sobre el suelo, unos regalos y una talega, divisándose en medio de estos una foto que él recogió logrando reconocerse en ella en el adverso podía leerse: *"Este es Alfonso mi hijo adorado…"*

Mayor
HUMBERTO APARICIO NAVIA

Bogotá D.E, 19 de junio de 1.976

Scanned with CamScanner